



SÍNTESIS MUNDIAL

EDITORIAL

Desde hace dos años la política estadounidense nos ofrece, cada cierto tiempo, un espectáculo que se repite con rigurosa puntualidad. Como pasos de baile de una danza ya conocida, las disputas entre el gobierno de Barack Obama y sus adversarios republicanos en torno a la reforma del sistema de salud, el proyecto de presupuesto y al límite de endeudamiento llenan los titulares a nivel mundial, dando cuenta de una dinámica que no por cotidiana es menos peligrosa. Sin embargo, el reciente cierre del gobierno, o shutdown, marcó un punto límite en esta dinámica. En medio de una tímida mejoría en materia económica, el clima de crispación política con el que se abordaron ambos temas constituyó una amenaza tanto para la incipiente recuperación del país como a la misma economía global. El acuerdo entre ambos partidos salvó a EEUU de caer en default por primera vez en su historia, con ganadores y perdedores claramente identificados, pero al precio de diferir el conflicto hacia adelante.

Puede decirse que nunca se vio con tanta claridad el estado de las relaciones entre ambas bancadas como en las dos semanas que duró el cierre del gobierno. En la memoria de políticos, analistas y de la sociedad misma estaba el antecedente de 1996, cuando se vivió una experiencia similar durante el gobierno de Bill Clinton, si bien en un marco de bonanza económica inédita en la historia estadounidense. Como en aquel momento, el Partido Republicano intentó imponer su agenda mediante el obstruccionismo político, generando las condiciones para la ejecución del shutdown. También como en 1996, detrás del debate económico actual acerca del llamado "Obamacare" se escondía una fuerte puja ideológica que aumentó su potencia conforme se acercaba la fecha límite para aumentar el techo de endeudamiento, una disputa que estaba centrada no sólo en la reforma de salud misma sino en el cuestionamiento del liderazgo de Obama tras su reelección de noviembre.

Si el escenario de fragilidad económica constituye un punto de contraste con respecto a lo ocurrido 17 años atrás, la influencia del Tea Party dentro del Partido Republicano puede ser considerada como fundamental para entender el trasfondo del conflicto. Como representante de la visión social más ultraconservadora, y surgido desde la oposición al plan de salud de Obama, el crecimiento de esta facción a caballo de los peores días de la crisis económica le permitió adquirir un peso político que se mostró claramente durante las dos semanas de negociaciones. Fue claro en este punto que los demócratas mostraron una férrea unidad detrás de Obama y su proyecto de reforma de salud, los republicanos evidenciaron todo lo contrario, con sus principales líderes inclinándose hacia las posiciones más cercanas al Tea Party, en contra de un sector moderado que quedó virtualmente opacado a la hora de negociar. En más de un sentido hay quienes ya hablan de una escisión virtual, no formal, del Partido Republicano, un escenario im-

pensado hace menos de una década y que puede pasarle una factura pesada en el mediano plazo, electoralmente hablando.

En la resolución de esta crisis influyó decisivamente la iniciativa de Obama de mantener íntegra la ley de salud a pesar del clima de presión imperante. En este sentido, no pocos establecieron un contraste entre la percepción un Obama inflexible a la hora de negociar con los republicanos, con aquella otra de dos semanas atrás, en las horas previas a una hipotética acción militar en Siria: una imagen dubitativa y poco asertiva que permitió, a la postre, conceder la iniciativa al presidente ruso Vladimir Putin en la solución arribada sobre este tema, más allá del carácter bilateral en cuanto al programa de destrucción del armamento químico sirio. Probablemente los resultados en política interna hayan subido las acciones políticas de Obama en un momento en el cual se especulaba con una actitud concesiva, a tono con lo ocurrido en el problema sirio.

La diferencia entre ambos temas, en definitiva, por las convicciones en torno a cada uno de ellos. Mientras que Obama nunca estuvo convencido de involucrarse de lleno en la dinámica de la guerra civil en Siria (más allá de delimitar la “línea roja” representada por un ataque químico del régimen, concepto que terminó luego por entramparlo), permitiendo que Rusia abriera una puerta de salida cuando el bombardeo parecía inminente, la persistencia en defender su reforma de salud aún con el gobierno cerrado marca una actitud que tiene que ver, en última instancia, con una idea de defender su legado histórico. A dos años de terminar su presidencia, sin jugarse costos políticos a nivel personal, Obama puso toda la carne en el asador allí donde fracasó Bill Clinton: en la aprobación de una cobertura estatal de salud para quienes no pueden pagarla. Y si el legado de Clinton fue el superávit económico con el que dejó su presidencia, Obama busca ser recordado por ampliar la acción estatal en un tema que siempre despierta sensibilidades a la hora de cualquier elección.

Difícilmente este triunfo garantice un pasar tranquilo durante estos dos últimos años de gestión. Habrá que ver si el impulso político resultante de este éxito le permite avanzar sobre la siempre demorada reforma migratoria, un tema de agenda de importancia para la comunidad latina a la que debe, en gran parte, su reelección. Hay problemas en la logística informática de la reforma de salud a los cuales se apunta incluso desde la bancada demócrata. Pero sobre todo, habrá que estar atentos a los movimientos políticos de fin de año. Con la resolución del problema presupuestario y de endeudamiento diferidos hasta principios de 2014, los ojos de analistas, operadores económicos y decisores estarán puestos en una dinámica política que se ha llevado por delante mucho de la credibilidad de EEUU a nivel internacional y que bien puede replicarse no bien comience el mes de febrero.

Tanto lo ocurrido en la crisis siria como en la disputa de la reforma de salud sugiere, en el fondo, un problema de liderazgos. Cabe pensar, ante la posibilidad de que republicanos y demócratas repitan aquellos pasos de danza, si el “síndrome del pato rengo”, aquella pérdida progresiva de poder que siempre acontece a los presidentes salientes, no se ha adelantado un año. Más allá de este triunfo puntual, los próximos acontecimientos políticos determinarán si Obama ha empezado a despedirse de forma prematura o si continuará peleando por su legado en lo que le queda de gestión.

EMILIO ORDOÑEZ